

clarándose, el levantamiento de España. Mas era menester para poner fuera de todo riesgo su propia resolucion, contar con San Roque y Cádiz, en donde estaba reunida la fuerza militar de mar y tierra, mas considerable y mejor disciplinada que habia dentro de la nacion. Convencida de esta verdad, despachó la junta á aquellos puntos dos oficiales de artillería que eran de su confianza. El que fué á San Roque desempeñó su encargo con ménos embarazos, hallando dispuesto á Don Francisco Javier Castaños, que allí mandaba, á someterse á lo que se le prescribia. Ya de antemano habia entablado este general relaciones con Sir Hugo Dalrymple, gobernador de Gibraltar; y léjos de suspender sus tratos por la llegada á su cuartel general del oficial frances Rogniat, de cuya comision hicimos mencion en el anterior libro, las avivó y estrechó mas y mas. Tampoco se retrajo de continuarlos, ni por las ofertas que le hizo otro oficial de la misma nacion despachado al efecto, ni con el cebo del vireinato de Méjico que tenian en Madrid como en reserva para halagar con tan elevada dignidad la ambicion de los generales, cuya decision se conceptuaba de mucha importancia. Es de temer, no obstante, que las pláticas con Dalrymple en nada hubieran terminado, si no hubiese llegado tan á tiempo el expreso de Sevilla. A su recibo se pronunció abiertamente Castaños, y la causa comun ganó con su favorable declaracion 8941 hombres de tropa reglada que estaban bajo sus órdenes.

Tropezó en Cádiz con mayores obstáculos el conde de Teba, que fué el oficial enviado de Sevilla. Habitualmente residia en aquella plaza el capitán general de Andalucía, siéndolo á la sazón D. Francisco Solano, marqués del Socorro y de la Solana. No hacia mucho tiempo que habia regresado á su puesto desde Extremadura y de vuelta de la expedicion de Portugal, en donde le vimos soñar mejoras para el pais puesto á su cuidado. Despues del 2 de mayo, solicitado y lisonjeado por los franceses, y sobre todo, vencido por los consejos de españoles antiguos amigos suyos, con indiscrecion se mostraba secuaz de los invasores, graduando de franceses cualquiera resistencia que se intentase. Ya ántes de mediados de mayo corrió peligro en Badajoz por la poca cautela con que se expresaba. No anduvo mas prudente en todo su camino. Al cruzar por Sevilla se avistaron con él los que trabajaban para que aquella ciudad definitivamente se alzase. Esquivó todo compromiso; mas molestado por sus instancias, pidió tiempo para reflexionar, y se apresuró á meterse en Cádiz. No satisfechos de su indecision, luego que tuvo lugar el levantamiento del 27, siendo ya algunos de los conspiradores individuos de la nueva junta, impelieron á esta para que el 28 enviase á aquella plaza al mencionado conde de Teba, quien con gran ruido y estrépito penetró por los muros gaditanos. Era allí muy amado el general Solano: debíalo á su anterior conducta en el gobierno del distrito, en el que se habia desvela-

do por hacerse grato á la guarnición y al vecindario. En idolatría se hubiera convertido la afición primera, si se hubiese francamente declarado por la causa de la nación. Continuó vacilante é incierto, y el titubear de ahora en un hombre ántes presto y arrojado en sus determinaciones, fué calificado de premeditada traición. Creemos ciertamente que las esperanzas y promesas con que de una parte le habían traído entretenido, y los peligros que advertía de la otra examinando militarmente la situación de España, le privaron de la libre facultad de abrazar el honroso partido á que era llamado de Sevilla. Así fué que al recibir sus pliegos ideó tomar un sesgo con que pudiera cubrirse.

Convocó á este propósito una reunión de generales, en la que se decidiese lo conveniente acerca del oficio traído por el conde de Teba. Largamente se discurió en su seno la materia, y prevaleciendo como era natural el parecer de Solano, se acordó la publicación de un bando, cuyo estilo descubría la mano de quien le había escrito. Dábanse en él las razones militares que asistían para considerar como temeraria la resistencia á los franceses, y después de varias inoportunas reflexiones, se concluía con afirmar que puesto que el pueblo la deseaba, no obstante las poderosas razones alegadas, se formaría un alistamiento y se enviarían personas á Sevilla y otros puntos, estando todos los once que suscribían al bando, prontos á someterse á la voluntad expresada. Contento Solano con lo que se ha-

bía determinado, le faltó tiempo para publicarlo, y de noche con hachas encendidas y grande aparato mandó pregonar el bando por las calles, como si no bastase el solo acuerdo para dar suficiente pábulo á la inquietud del pueblo.

La desusada ceremonia atrajo á muchos curiosos, y luego que oyeron lo que de oficio se anunciaba, irritáronse sobremanera los circunstantes, y con el bullicio y el numeroso concurso, pensaron los mas atrevidos en aprovecharse de la ocasión que se les ofrecía, y de monton acudieron todos á casa del capitán general. Allí un jóven llamado Don Manuel Larrus, subiendo en hombros de otro, tomó la palabra, y respondiendo una tras de otra á las razones del bando, terminó con pedir á nombre de la ciudad que se declarase la guerra á los franceses, y se intimase la rendición á su escuadra fondeada en el puerto. Abatióse el altivo Solano á la voz del mozo, y quien para dicha suya y de su patria hubiera podido, acaudillándolas, ser árbitro y dueño de las voluntades gaditanas, tuvo que arrastrarse en pos de un desconocido. Convino pues en juntar al día siguiente los generales, y ofreció que en todo se cumpliría lo que demandaba el pueblo.

La algazara provomida por la publicación del bando siguió hasta rayar la aurora, y la muchedumbre cercó y allanó en uno de sus paseos la casa del cónsul frances Mr. Le Roi, cuyo lenguaje soberbio y descomedido le había atraído la aversión aun de los vecinos mas tranquilos. Refugióse el cón-

sul en el convento de San Agustín, y de allí fué á bordo de su escuadra. Acompañó á este desman el de soltar á algunos presos, pero no pasó mas allá del desórden. Los amotinados se aproximaron despues al parque de artillería para apoderarse de las armas, y los soldados en vez de oponerse, los excitaron y ayudaron.

A la mañana inmediata, 29 de mayo, celebró Solano la ofrecida junta de generales, y todos condescendieron con la petición del pueblo. Antes habia ya habido algunos de ellos que en vista del mal efecto causado por la publicacion del bando, procuraron descargar sobre el capitán general la propia responsabilidad, achacando la resolución á su particular conato: indigna flaqueza que no poco contribuyó á indisponer mas y mas los ánimos contra Solano. Ayudó tambien á ello la frialdad é indiferencia que este dejaba ver en medio de su carácter naturalmente fogoso. No descuidaron la malevolencia y la enemistad emplear contra su persona las apariencias que le eran adversas, y ambas pasiones traidoramente atizaron las otras y mas nobles que en el día reinaban.

Por la tarde se presentó en la plaza de San Antonio el ayudante Don José Luquey anunciando al numeroso concurso allí reunido que, segun una junta celebrada por oficiales de marina, no se podia atacar la escuadra francesa sin destrozar la española todavia interpolada con ella. Se irritaron los oyentes, y serían las cuatro de la tarde cuando en

seguida se dirigieron á casa del general. Permittede subir á tres de ellos, entre los que habia uno que de léjos se parecia á Solano. El gentío era inmenso, y tal el bullicio y la algazara, que nadie se entendia. En tanto el jóven que tenia alguna semejanza con el general, se asomó al balcon. La multitud aturdida tomóle por el mismo Solano, y las señas que hacia para ser oído, por una negativa dada á la petición de atacar á la escuadra francesa. Entónces unos sesenta que estaban armados hicieron fuego contra la casa, y la guardia mandada por el oficial San Martín, despues caudillo célebre del Perú, se metió dentro y atrancó la puerta. Creció la saña, trageron del parque cinco piezas, y apuntaron contra la fachada, separada de la muralla por una calle baja, un cañon de á veinticuatro de los que coronaban aquella. Rompieron las puertas, huyó Solano, y encaramándose por la azotea, se acogió á casa de su vecino y amigo el irlandés Strange. Al llegar se encontró con Don Pedro Olaechea, hombre obscuro, y que habiendo sido novicio en la Cartuja de Jerez, se le contaba entre los principales alborotadores de aquellos dias. Presumiendo este que el perseguido general se habria ocultado allí, habíasele adelantado entrando por la puerta principal. Sorprendióse Solano con el inesperado encuentro, mas ayudado del comandante del regimiento de Zaragoza Creach que casualmente entraba á visitar á la señora de Strange, juntos encerraron al ex-cartujo en un pasadizo, de donde queriendo el

tal por una claraboya escaparse, se precipitó á un patio, de cuyas resultas murió á pocos dias. Pero Solano no pudiendo evadirse por parte alguna, se escondió en un hueco oculto que le ofrecia un gabinete alhajado á la turca, donde la multitud corriendo en su busca, desgraciadamente le descubrió. Pugnó valerosa, pero inútilmente, por salvarle la esposa del señor Strange Doña María Toker; hirióronla en un brazo, y al fin sacaron por violencia de su casa á la víctima que defendia. Arremolinándose la gente, colocaron en medio al marques y se le llevaron por la muralla adelante con propósito de suspenderle en la horca. Iba sereno y con brío, no apareciendo en su semblante decaimiento ni desmayo. Maltratado y ofendido por el paisanage y soldadesca, recibió al llegar á la plaza de San Juan de Dios una herida que puso término á sus dias y á su tormento. Revelariamos para execracion de la posteridad el nombre del asesino, si con certeza hubiéramos podido averiguarlo. Bien sabemos á quién y cómo se ha inculpado, pero en la duda nos abstenemos de repetir vagas acusaciones.

Reemplazó al muerto capitán general Don Tomas de Morla, gobernador de Cádiz. Aprobó la junta de Sevilla el nombramiento, y envió para asistirle y quizá para vigilarle, al general Don Eusebio Antonio Herrera, individuo suyo. Se hizo marchar inmediatamente hácia lo interior parte de las tropas que habia en Cádiz y sus contornos, no contándose en la plaza otra guarnicion que los regimien-

tos provinciales de Córdoba, Ecija, Ronda y Jerez, y los dos de línea de Búrgos y Ordenes militares, que casi se hallaban en cuadro. El 31 se juró solemnemente á Fernando VII, y se estableció una junta dependiente de la suprema de Sevilla. En la misma mañana parlamentaron con los ingleses el gefe de escuadra Don Enrique Macdonnell y el oidor Don Pedro Creux. Conformáronse aquellos con las disposiciones de la junta sevillana, reconocieron su autoridad, y ofrecieron 5000 hombres que á las órdenes del general Spencer iban destinados á Gibraltar.

Cobrando cada vez mas aliento la junta suprema de Sevilla, hizo el 6 de junio una declaracion solemne de guerra contra Francia, afirmando „que „no dejaria las armas de la mano hasta que el emperador Napoleon restituyese á España al rey Fernando VII y á las demas personas reales, y respetase los derechos sagrados de la nacion que habia „violado, y su libertad, integridad é independencia.” Publicó por el mismo tiempo que esta declaracion otros papeles de grande importancia, señalándose entre todos el conocido con el nombre de *Prevençiones*. En él se daban acomodadas reglas para la guerra de partidas, única que convenia adoptar; se recomendaba el evitar las acciones generales, y se concluia con el siguiente artículo, digno de que á la letra se reproduzca en este lugar: „Se cuidará de hacer entender y persuadir á la nacion que libres, como esperamos, de esta cruel

„guerra á que nos han forzado los franceses, y pues-
 „tos en tranquilidad y restituido al trono nuestro
 „rey y señor Fernando VII, bajo él y por él se con-
 „vocarán cortes, se reformarán los abusos, y se es-
 „tablecerán las leyes que el tiempo y la experiencia
 „dicten para el público bien y felicidad; cosas que
 „sabemos hacer los españoles, que las hemos hecho
 „con otros pueblos sin necesidad de que vengan
 „los... franceses á enseñárnoslo...” Dedúzcase de
 aquí si fué un fanatismo ciego y brutal el verdade-
 ro móvil de la gloriosa insurreccion de España, co-
 mo han querido persuadirlo extrangeros interesados
 ó indignos hijos de su propio suelo.

Jaen y Córdoba se sublevaron á la noticia de la
 declaracion de Sevilla, y se sometieron á su junta,
 creando otras para su gobierno particular, en que
 entraron personas de todas clases. En Jaen descon-
 fiándose del corregidor Don Antonio María de Lo-
 mas, le trasladaron preso á pocos dias á Valdepe-
 ñas de la Sierra, en donde el pueblo alborotado le
 mató á fusilazos. Córdoba se apresuró á formar su
 alistamiento, dirigió gran muchedumbre de paisa-
 nos á ocupar el puente de Alcolea, dándose el man-
 do de aquella fuerza armada, llamada vanguardia
 de Andalucía, á Don Pedro Agustin de Echávar-
 ri. Aprobó la junta de Sevilla dicho nombramiento;
 la que por su parte no cesaba de activar y promo-
 ver las medidas de defensa. Confió el mando de to-
 do el ejército á Don Francisco Javier Castaños, re-
 compensa debida á su leal conducta, y el 9 de ju-

nio salió este general á desempeñar su honorífico
 encargo.

Entre tanto quedaba por terminar un asunto que
 al paso que era grave, interesaba á la quietud y
 aun á la gloria de Cádiz. La escuadra francesa sur-
 ta en el puerto todavía tremolaba á su bordo el pa-
 bellon de su nacion, y el pueblo se dolia de ver iza-
 da tan cerca de sus muros y en la misma bahía una
 bandera tenida ya por enemiga. Era ademas muy
 de temer, abierta la comunicacion con los ingleses,
 que no consintiesen estos tener largo tiempo casi
 al costado de sus propias naves y en perfecta segu-
 ridad, una escuadra de su aborrecido adversario.
 Instó por consiguiente el pueblo en que prontamen-
 te se intimase la rendicion al almirante frances Ros-
 silly. El nuevo general Morla, fuera prudencia pa-
 ra evitar efusion de sangre, ó fuera que anduviese
 aun dudoso en el partido que le convenia abrazar
 (sospecha á que da lugar su posterior conducta),
 procuraba diferir las hostilidades divirtiendo la
 atencion pública con mañosas palabras y dilaciones.
 El almirante frances con la esperanza de que avan-
 zasen á Cádiz tropas de su nacion, pedia que no se
 hiciese novedad alguna, hasta que el emperador
 contestase á la demanda hecha en proclamas y de-
 claraciones de que se entregase á Fernando VII:
 estrategia que ya no podia engañar ni sorprender
 á la honradez española. Aprovechándose de la tar-
 danza, mejoraron los franceses su posicion, metién-
 dose en el canal del arsenal de la Carraca, y colo-

Rendicion de
 la escuadra
 francesa sur-
 ta en Cádiz.